Jesús de la Peña Hernández

MIS DIBUJOS 1

En el verano de 2014 acometí una experiencia de aprendizaje que me propongo describir. Como ya tengo dicho, el dibujo me interesa mucho pero estoy lejos de dominarlo, así que decidí acudir al maestro por excelencia que no es otro que Antonio Mingote.

De él admiro su soltura, su capacidad de representar con trazos creíbles la idea que late tras una determinada situación. Él me decía que eso lo había conseguido a fuerza de mucho trabajo, de ejercer un aprendizaje continuo, de innovar siempre. Y añadía: *Una cierta cosa no la puede decir* (o expresar gestualmente) *un personaje mas que en una cierta actitud. No vale hacer siempre el mismo dibujo y ponerle pies distintos cada vez.*

El libro que elegí como guía fue *El caer de la breva* que, a primera vista, puede parecer trivial. Por el contrario, y como todos los de Mingote, es un libro de mucho calado.

Su estructura es de historias breves que envuelven una idea desarrollada en página par con un dibujo y descrita literariamente, con la gracia y profundidad natural del maestro, en la opuesta página impar.

Mi aprendizaje tenía estas fases reposadas: Leer el texto. Captar la idea. Observar con atención cómo el dibujo la representaba. Cerrar el libro. Dibujar de memoria lo visto y captado como idea. Comparar mi dibujo con el de Mingote. Aprender de mis fallos.

Voy a reproducir unas cuantas historias mostrando su Título, mi dibujo y el de Mingote. Al pie de el del Maestro pondré su firma A.M, no tanto para distinguir ambos, que obviamente es superfluo, sino para dejar constancia de que tanto la firma como el dibujo de Mingote no son copia escaneada del original en el libro, sino mi copia obtenida a pulso, tal como hacen los pintores que copian en un museo. En esta ocasión no he acudido al recurso de la cuadrícula como he hecho otras veces. Debo añadir que no incorporo todos los detalles pictóricos del original; me he quedado con las líneas esenciales. Por tanto, si el lector tiene delante el libro *El caer de la breva* podrá hacer una doble comparación.

En realidad no todas las historias tienen título, así que a las que les falta, yo las titulo con las primeras palabras de su texto, tal como se suele hacer con los poemas. Tan sólo en la primera historia que propongo añado, además, el texto de nuestro académico que, como se ve, es un dechado de originalidad, ingenio y bien contar. Cuando ingresó en la RAE yo siempre sostuve que se lo merecía tanto por sus dibujos como por sus escritos. Juzguen ustedes mismos.

A la hora de aprender de mis fallos, lo primero que me salta a la vista es mi inhibición a la hora de arriesgarme a adoptar rasgos picassianos que de vez en cuando ponen sal a la última época de Mingote: el lápiz se me queda paralizado en el dibujo de siempre, el del puro realismo. Hay que ver cómo maneja el Maestro esos dedos descomunalmente gordos para darles una postura creíble: lo creíble no es su gordura, es la eficacia, la delicadeza, con que aprietan, señalan o insinúan.

Hablé antes de rasgos picassianos en la obra de Mingote y creo que debo explicarme porque, a mi juicio, el único rasgo de esa naturaleza que puede apreciarse es, precisamente, el de los ojos en relación con la nariz, que es cosa que da mucho juego. Las manazas de los personajes de Mingote, por ejemplo, son su propio hallazgo. Y otro tanto ha de decirse de sus curvas exageradas.

La representación de las manos es clave en una obra pictórica. Picasso la resuelve de forma natural en sus periodos Azul, Rosa y Neoclásico, y de formas no convencionales en los otros periodos, según conveniencia.

Las manos son siempre un problema que algunos resuelven evitándolo al máximo, como es el caso de Edvard Munch. Mingote tomó el toro por los cuernos y lo resolvió con valentía, gracia, e inteligencia, es decir, de manera convincente.

Acabo de referirme a algunos periodos en la obra de Picasso. Mingote también tuvo los suyos, los que explican la evolución de su forma de representación: manos, curvas exageradas, economía de recursos (especie de elipsis pictórica).

En definitiva, Mingote no copia a Picasso; la obra de aquel es siempre trascendente: va mucho más allá de lo que aparenta. Ésa es mi convicción avalada por lo que él mismo me confesó: "Yo sé que sólo pinto para unos cuantos".

A propósito de las manos en Mingote pondré un ejemplo que aparece en este estudio. ¿Hay acaso algo más elegante que unos dedos tocando un arpa o una lira? Pues esa elegancia la consigue Mingote por medio de unos dedazos de mujer. Aprovecho para tener un recuerdo de lo que en otro sitio trato a propósito de las narices en Mingote. La del muchacho que acompaña a la musa de la lira no sólo le sirve a él par oler que es algo que se da por supuesto: es que es el instrumento para mirar y para escuchar atentamente la melodía que sale de los dedos de la chica (o al menos, para que el espectador tenga esa sensación).

Y, ¿qué decir de los ojos? Uno puede estar en su sitio y el otro montado encima de la nariz sin causar daño a la vista del espectador que en cambio aprecia con la mayor naturalidad un mensaje de *guiño lateral*. Tal es el caso del protagonista de la portada en el libro que nos ocupa.

Esto último me recuerda una escena de la muy antigua y magnífica serie de TVE que se titulaba *El Séneca*, con texto de José Mª Pemán. Un hombre entra en el teatro ya comenzada la obra y con dificultad busca su butaca en el interior de la fila con molestia para una señora que es pisada en la maniobra. Airada, increpa ella: "¡Oiga, es que no sabe usted dónde tiene los ojos?!" El otro responde: "Pues claro que lo sé, señora: uno a cada lado de la nariz, o cree que mi cara la ha pintado Picasso?"

Pasemos ya a ver las pequeñas historias. Esta primera es la única en la que hago aparecer el texto; en ella se puede apreciar lo bien que la imagen refleja la idea, con lo difícil que resulta dibujar un ectoplasma.

Antes, sin embargo, voy a hacer un comentario a modo de comparación entre nuestros dos pintores, poniendo en juego el cuadro picassiano de su periodo neoclásico *Dos mujeres corriendo por la playa* y, *la mujer del hombre invisible* que viene a continuación.

En el primer caso se aprecia una composición perfecta para expresar un movimiento de libertad. Pero las dos mujeres son las clásicas (diríamos las neoclásicas) macizas conseguidas a fuerza de aumentar sus anchuras pero dentro de las debidas proporciones.

Mingote, en cambio, a su maciza la dota de unas pantorrillas y talones de formas exageradas que enfatizan la solidez de una felicidad con aire de baile. Por si no fuera suficiente, Mingote nos regala la propina de un bello rostro de mujer ensimismada conseguido con seis líneas. Picasso, ciertamente no llega a tanto.

## LA MUJER DEL HOMBRE INVISIBLE

La mujer del hombre invisible, Rosaura, estaba encantada de la vida. No podía ver a su marido, pero sí abrazarlo, sentirse abrazada por él y disfrutarlo como el muy satisfactorio amante que era. Por si fuera poco, la muy imaginativa Rosaura imaginaba en la oscuridad del dormitorio que cambiaba de amante a su gusto, imaginándose eventualmente en brazos de otros hombres a los que admiraba. Que no eran, por cierto, los hombres que las mujeres suelen imaginar, tales como estrellas de cine, ases del deporte, modelos … Rosaura no se conformaba con menos que con

don Juan de Austria y sus hermosas piernas enfundadas en las medias rojas del retrato del Prado (autor anónimo) o Búfalo Bill y sus bigotes desafiantes, o el mismísimo Aquiles, el de los pies ligeros …

Y fruto de esos emocionantes encuentros fueron numerosos hijos, orgullo de sus padres (de ambos).

Hasta que un día dio a luz un niño precioso pero con un parche cubriéndole el ojo izquierdo.

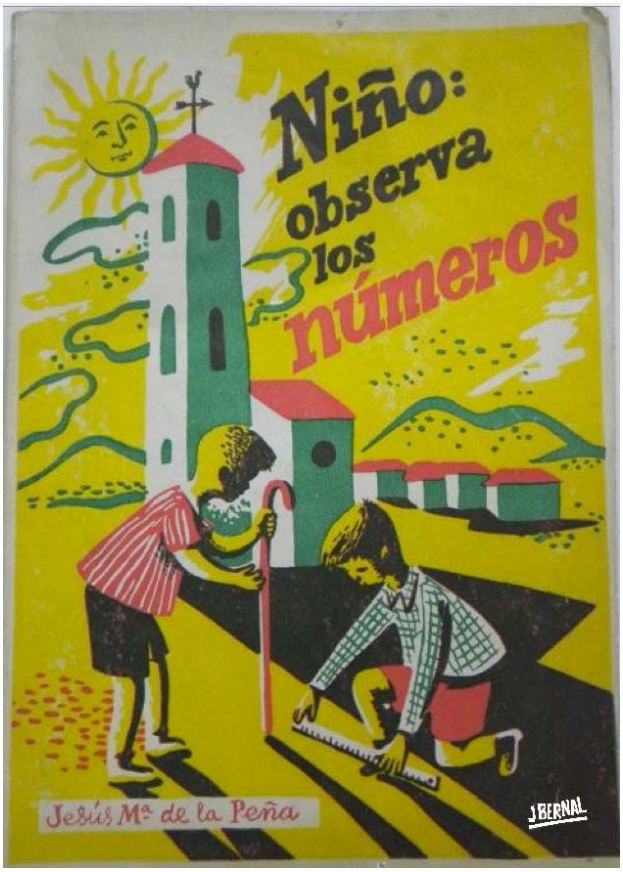
-¡Tú me engañas con el almirante Nelson! –exclamó el hombre, que, aunque invisible, era perfectamente audible.

Rosana bajó la cabeza en silencio.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Una NOTA intercalada.

Antes me referí a algunos periodos en la obra de Mingote. He querido rescatar ahora algo que tiene que ver con ello porque siempre pensé que el dibujante Jesús Bernal inspiró a Mingote en sus primeros dibujos.




La imagen que acompaño es la portada del libro que mi padre publicó en 1950 al precio de un duro (cinco pesetas) por ejemplar, con el título *Niño: observa los números.* La idea era de él, y la ejecución, magnífica, de Jesús Bernal.

Ya se ve cual es la materia prima empleada: el sol, una torre, un niño con un bastón y otro con una regla. Y lo más importante, la sombra, la que permite, una vez medida sobre el suelo, deducir la altura de la torre.

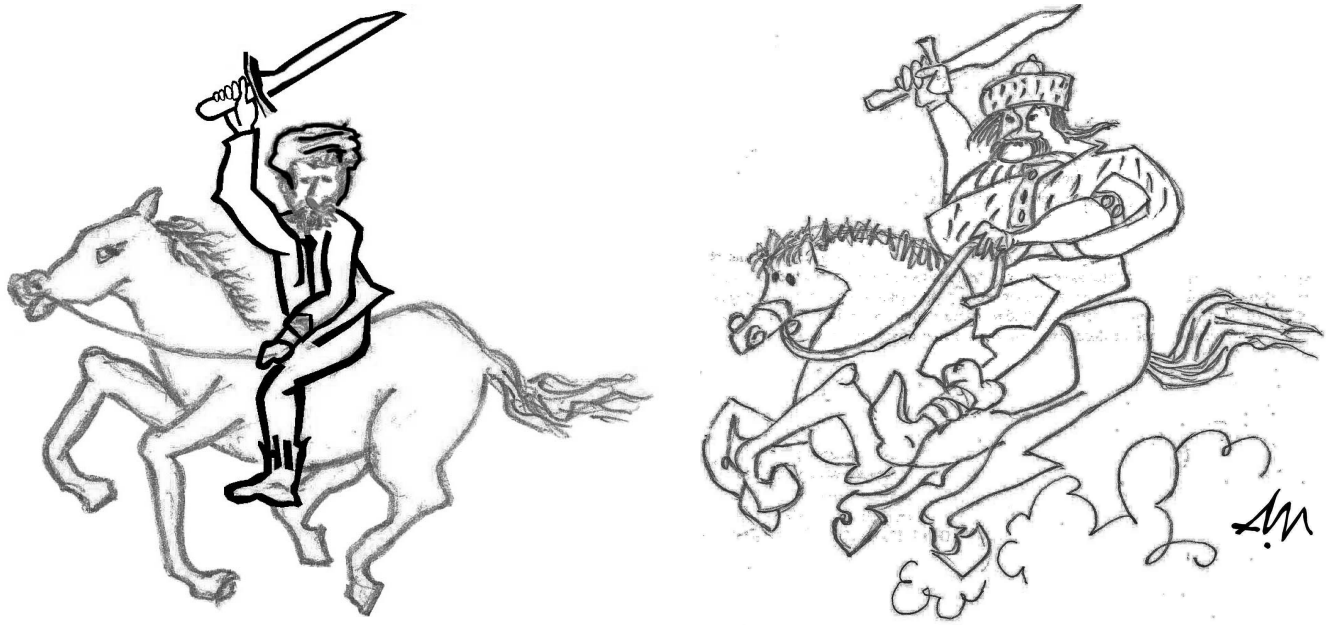
Y ahora, una coda. El rescate de este libro se lo tengo que agradecer a Internet donde aparece como objeto de coleccionista al precio de 50 €. Yo me he entretenido en hacer una cuenta parecida a la de los niños de la portada recordando que en el año 1950 vivíamos en la Plaza del Olivo, en Soria, donde pagábamos 18 duros al mes por la renta del piso, es decir, un valor 18 veces mayor que el del libro.

De conservarse esa proporción hoy (2015), el piso que yo habito debería devengar una renta de 18 x 50 = 900 € que está en el orden de magnitud de lo que se oferta en mi zona de Madrid. En realidad la renta es algo mayor porque mi piso actual no es de Soria y es mejor que aquel; incluso este extremo también parecería estar recogido en las ofertas.

Tropezaron, ella al entrar y él al salir del ascensor …

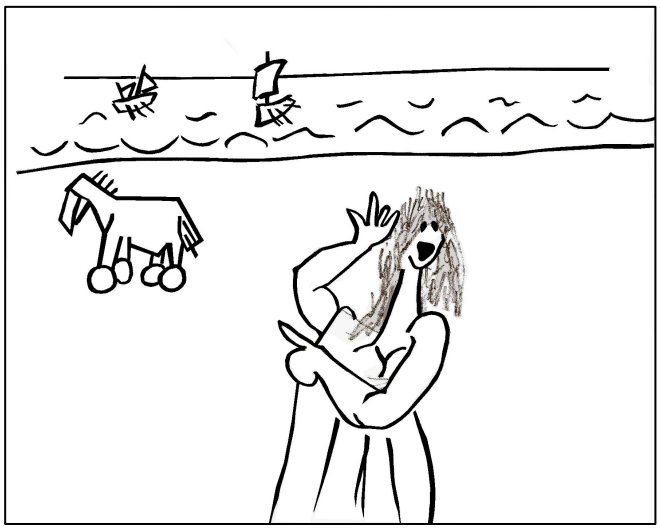
ATILA A SU MADRE, EN PANONIA

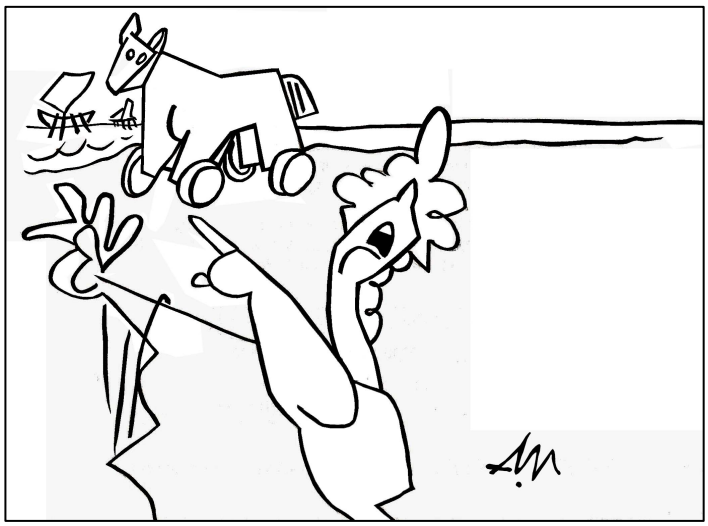
*Querida mamá:*



MADRID, 1655

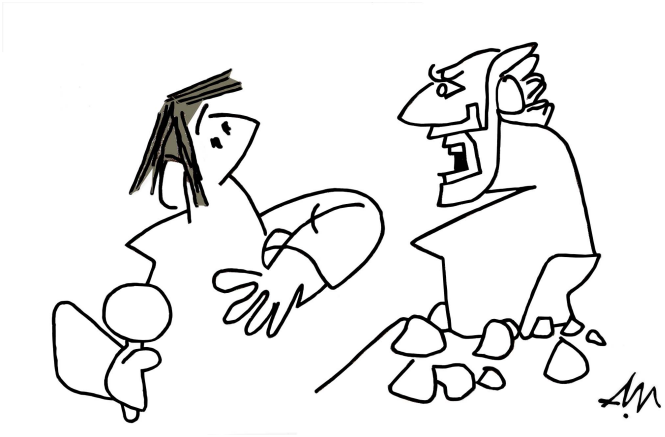
-¡Con ese caballo entrará la ruina en Troya!





El caer de la breva

Quedó el escultor tan satisfecho de la perfección de la escultura …



El Orador

-Mira la luna. Me gusta mirar la luna con la cabeza en tu hombro…

El hombre que susurraba a los desconocidos